

zas del arcángel san Gabriel! Ni siquiera se atreve á contestarle; contentase con pensar y discurrir qué salutación tan nueva es la que se le dirige. Mas, si el Señor descubre las grandezas soberanas que en Ella ha obrado, no pudiéndolas Ella ocultar, ni encubrir con el disimulo y vergüenza santa, endereza sus palabras al mismo Dios, y le da la gloria de todo, confesando y alabando su poder y bondad, y la miseria y vileza que Ella de sí tiene. ¿Ves á tu Madre cuán humilde es? ¿Cómo te portas tú, cuando alguna gracia recibes del Señor? ¿La cacareas y publicas pronto? ¿La atribuyes á ti mismo? ¿Das al Señor toda la gloria? Acuérdate que este Señor te ha dado todas las cosas, pero ha reservado para sí la gloria. ¡Ay de ti, si se la usurpas! Entra dentro de tu corazón, indaga y escudriña las cosas y las ocasiones en que sueles robar la gloria al Señor; propón corregirte, y pide la gracia que te es para esto necesaria; no olvides las necesidades generales y particulares del mundo.

37.—HUMILDAD DE MARÍA EN ORDEN Á LOS DEMÁS.

PRELUDIO 1.º María se sujetó á Dios y á toda humana criatura por Dios.

PRELUDIO 2.º Representate á María ejercitándose en oficios humildes y despreciados, ya en el templo, ya en Nazareth.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar esta humildad de María.

Punto 1.º *María se humilló á Dios y á sus representantes.*— Considera cómo la verdadera humildad para con Dios enseña á escoger, como dice David ¹, el lugar más despreciado en su casa y, cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. De este modo lo hizo la Virgen: cuando vió que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas ² en el postrer lugar, después de los Apóstoles y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta misma causa, como verdadera humilde, cuando entró en Belén, gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo. Enseña, además, esta misma humildad á sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque sean en cosas contrarias á la honra y reputación propia, sin querer admitir privilegios y exenciones, aunque haya causa para ello; y aunque no esté obligado á ellas por precepto, gusta el humilde de obedecer como todos, por humi-

¹ Psalm. LXXXIII, 11. — ² Act., 1, 14.

llarse más que todos, aun cuando pudiera excusar la humillación, á imitación de Cristo nuestro Señor, que se humilló á la ley de la circuncisión, y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió también la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba y era con algún detrimento de su honor, por ser la ley dada para las mujeres no limpias, que habian concebido por obra de varón, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que tenían hijos, como si fuera una de ellas. ¡Oh Virgen humildísima! Al ver el santo cuidado que tenéis en buscar el último lugar en todas ocasiones, y la humildad con que os sujetáis á todas las leyes y ordenaciones, aun con menoscabo de vuestra fama, ya no quiero para mí privilegios y exenciones, ni desecharé el último lugar en la casa de Dios; al contrario, con verdadero deseo lo buscaré, sabiendo que es más honroso ser el más abyecto en la casa del Señor, que morar en los palacios de los reyes. ¡Oh cristiano! Aprende de tu Madre á humillarte y á someterte á todos. ¿En qué cosas debes corregirte?

Punto 2.º *María se sometió á todos y escogió oficios bajos y humildes.*— Considera cómo la virtud de la humildad mueve al que la posee á sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino también á los menores, dando á todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra, ganándoles en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo, que dice ¹: «Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y prevenios uno á otro en todo lo que fuere honra». Así lo hizo la Virgen cuando fué á visitar á santa Isabel y la saludó primero, humillándose, como dice san Ambrosio, la mayor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios á toda humana criatura. También quiere esta virtud que el que la tiene, sirva á otros en oficios bajos y humildes, y se ocupe en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido, sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor ²: «No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redención»; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este oficio, que hacía en servicio de otros, y sirviendo después á sus discípulos, hasta lavarles los pies, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que después dijo san Pablo ³: «Por la caridad del espíritu, servid unos á otros». Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto por esclava, cuyo oficio

¹ Rom., XII, 10. — ² Matth., XX, 28. — ³ Galat., V, 13.

es servir á los demás de su casa. Y nosotros, ¿gustamos de sujetarnos á los demás, como María? ¿Nos repugna el ejercitarnos en oficios humildes? ¡Oh Virgen humildísima! Ahora comprendo por qué el Señor os ha enriquecido tanto, y os ha colocado, no entre los príncipes de su pueblo, sino por Reina de todos ellos. Es que Vos os humillasteis tanto, que siempre quisisteis ser pobrísima, ocupar el último lugar y ejercitar los más humildes oficios. Enseñadme, Señora, tal modo de humildad, para acompañaros en la gloria.

Punto 3.º *María rehusó oficios y cargos honrosos.*—Considera cómo la humildad, no sólo quiere de sus seguidores que se ocupen en oficios bajos y humildes, sino que rehusen, cuanto esté de su parte, oficios y cargos honrosos, y ministerios que suelen ser estimados de los hombres; ó por juzgarse por inhábiles ó indignos de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contentos con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice santo Tomás, no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que después dijo san Pablo: «No se ha de permitir que la mujer enseñe»; antes, es de creer que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibía de ellos la sagrada comunión, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensación, se la comunicase. En todo lo cual has de aprender á huir cuanto puedas de los ministerios honrosos y elevados, acordándote que á quien más se haya dado, mayor cuenta se exigirá, que las elevadas montañas son azotadas con más recios vientos, y que sobre las torres más altas suelen de ordinario caer más rayos del cielo. ¡Oh Virgen gloriosísima! Muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que tenéis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra: justo es se os dé allá el primer lugar después de vuestro Hijo, pues acá escogisteis el postrero: razón es que se os sujeten las jerarquías angélicas, pues Vos os sujetasteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardasteis los consejos de humildad, ayúdame para que, á imitación vuestra, yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en el cielo. ¡Oh alma devota! Vigila no te lleve la ambición de tener puestos ó cargos honrosos, mirando el proceder que en esto tuvo María, para imitarla. ¿Qué contesta á esto tu corazón? ¿Te dejaste llevar alguna vez de este deseo inmoderado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán profunda, admirable y glo-

1 Tim. I, 12.

riosa es la humildad que María ejercita en sus relaciones con los prójimos! Ella escoge siempre el último lugar, acordándose del consejo de su divino Hijo, que dice: «Si fueres convidado, ponte en el último lugar». El Señor la nombra su Madre, y Ella se llama esclava; es la Madre de Jesús y Maestra de los Apóstoles, y en las juntas y reuniones de los cristianos busca el postrer lugar. Sométese con prontitud, humildad y rendimiento á todas las leyes y ordenaciones de Dios, aunque le acarreen alguna afrenta ó infamia, y obedece alegre á todas las leyes que dan los Apóstoles. Sirve, no sólo á sus superiores é iguales, sino aun á los inferiores; busca los oficios más bajos y despreciados, sin desdenarse de hacerlos, aunque es la Reina del universo. Y, cuanto es de su parte, huye de todas las cosas que pueden proporcionarle honra y estimación entre los hombres. No es extraño que el Señor se enamore tanto de Ella, que decida colocarla en el primer lugar después de sí. ¡Dichoso tú si imitaras esta humildad de María! Serías agradable á Dios, y tu trato y compañía sería grata á los hombres. Así como la soberbia es una peste que divide los corazones é introduce en la sociedad la desunión, la disputa y los gérmenes de la destrucción, así la humildad es un lazo de oro que une los corazones y los espíritus. El humilde, con todos vive unido; con los superiores á quienes respeta y obedece, con los iguales á quienes considera y ama, y con los inferiores á quienes no se sobrepone con orgullo, sino que trata con amor, llegando á humillarse á ellos. ¿Qué haces tú? ¿Cómo te portas? ¿No te acusa tu corazón de haberte apartado de esta norma divina, siguiendo un camino opuesto al de María? Vuelve ya sobre tus pasos, y avivando los deseos de humildad, propón con eficacia y firmeza el ejercicio de esta virtud, imitando á tu divina Madre; pide gracia al efecto, y ruega por todo el mundo.

38.—HUMILDAD DE MARÍA EN LAS CONTRADICCIONES.

PRELUDIO 1.º María sufrió de un modo inalterable la pobreza, las afrentas y los desprecios de todo el mundo, complaciéndose en ello.

PRELUDIO 2.º Representate á María serena y tranquila al pie de la cruz, oyendo las injurias que dirigen á Jesús y que hieren á ella.

PRELUDIO 3.º Pide á María que te ayude á sufrir las humillaciones.

Punto 1.º *María sufrió la pobreza y humillación propia y la de sus deudos.*—Considera la heroica humildad que mostró la Virgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias venidas por mano ajena, las cuales son piedras de toque, en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres. Y conforme á esto, es acto muy perfecto de humildad el gustar de ser pobre y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza y á las humillaciones que de ella proceden; porque,

puesto caso que la pobreza voluntaria no es afrentosa entre cristianos; pero, cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de necesidad ó de voluntad, causa desprecio entre los hombres; y así, es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no por fuerza, sino de grado. Esta humildad ejerció la Virgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belén fué desechada de todos cuando les pidió posada, y así se recogió al refugio de los pobres en el invernadero, que es el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y después de su vuelta á Nazareth, siempre abrazó los desprecios de la pobreza, gustando de que la trataran como suelen ser tratadas las mujeres pobres. Pero mucho más adelante pasó esta humildad de la Virgen, porque, no sólo sufrió su propia pobreza y los consiguientes desprecios, sino también los de sus deudos, hallándose presente á ellos, al modo del santo Job, á quien, como él dijo, no atemorizó el desprecio de sus deudos, esto es, el ver al ojo sus desprecios. Y así la vemos compartiendo con su esposo y con su divino Hijo los desprecios que sufren, bebiendo del cáliz que ellos beben y siendo bautizada con el bautismo que ellos son; y sobre todo en el Calvario, sufre los desprecios que naturalmente habían de redundar en la Madre de aquel hombre ajusticiado, que moría desnudo y desamparado en medio de dos ladrones. ¡Oh Virgen soberana! Con mucha razón podremos llamaros bienaventurada, puesto que os habéis abrazado tan estrechamente con la pobreza de espíritu, que ni ella os desamparará, ni Vos os separaréis de ella en toda la vida; por ella os suplico me alcancéis abundantes riquezas de gracia, con las cuales os imite perfectamente como hijo carísimo vuestro. ¡Oh alma cristiana! Admira el amor que la Virgen profesa á la pobreza y cómo se complace en ella. ¿Amas tú esta excelente y provechosa virtud? ¿Sientes y te da en rostro la pobreza y desprecios de tus allegados?

Punto 2.º *María sufrió pacientemente las afrentas y deshonras.*—Considera cómo es acto de humildad muy precioso y raro el llevar con paciencia y silencio las afrentas que suceden contra la honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazón que se le hace, sino callando y aceptando la afrenta y humillación por amor de Dios. En esto hay varios grados: El primero es sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas propias, diciendo con David: «Antes de ser humillado yo había delinquido». El segundo y mayor es sufrir estas injurias sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy

¹ Psalm. cxviii, 67.

mayor, es sufrirlas cuando nos suceden por ocasión de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza. El cuarto, muy mayor, es sufrir todo esto, no sólo de enemigos y extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida; y la misma ejerció su Madre santísima cuando su esposo san José la vió en cinta, é ignorando el misterio que en Ella se había obrado, la quiso dejar; pero Ella sufrió y calló sin volver por sí, dejando á la divina Providencia el cuidado de su propia honra. Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atar como furioso, también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero Ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús. ¡Oh humildísima Señora! Gracias os doy por la paciencia y alegría con que habéis sufrido las injurias y desprecios por nuestro bien. De hoy más tendré por honra el padecer y ser despreciado por Dios y por Vos, que tales afrentas tolerasteis por mí. ¿Conocemos nosotros el tesoro infinito de gracia que hay en sufrir desprecios por el Señor? ¿Rehusaremos ó nos quejaremos al vernos despreciados?

Punto 3.º *María sufrió con humildad las reprensiones y contestaciones ásperas.*—Considera otro acto excelente de humildad, que consiste en llevar con serenidad y paz de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas, así las interiores que sentimos tratando con Dios, cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir, y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad, la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo, le agradó la Esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: «Si no te conoces, salta, y vete de mi casa». Esta humildad ejerció la Virgen muchas veces y en varias ocasiones. Cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con sequedad á Ella y á san José: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre?» Otra vez en las bodas de Caná, con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedía, la dijo: «Mujer, ¿que nos va á Mi y á ti en esto? No es llegada mi hora». Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí, y deseaban verle, respondió con aparente desvío: «¿Quién

¹ Cant., i, 7. — ² Matth., xii, 48.

es mi Madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi Padre y mi hermano». En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, enseñándonos el modo cómo nos hemos de portar en otras semejantes; porque, aunque es muy meritorio el sufrir un desprecio cuando se ha merecido, lo es inmensamente más cuando, no sólo no se ha hecho por qué, sino que se merecía toda honra. ¡Oh Virgen Santísima! Con razón sois llamada nuestra Maestra, porque si el fundamento de la verdadera sabiduría es la humildad, grande sobremanera debe de ser aquélla, cuando ésta es tan excesivamente profunda; haced conmigo vuestro oficio, enseñándome á ser humilde, para que llegue con vuestro auxilio á ser verdaderamente sabio. ¡Oh alma devota! Aliéntate á sufrir los desprecios y olvido de los hombres, teniendo á la vista el ejemplo de tu Madre. ¿Cómo los has sobrellevado hasta hoy? ¿Qué debes proponer para lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Oh, quién tuviera tal humildad que llegase á gozarse en los desprecios y deshonras, como los mundanos se alegran en sus honras y aplausos! En María hallamos esta humildad en grado supremo. No es afrentosa la pobreza entre los cristianos cuando se abraza de voluntad; pero el sufrirla por necesidad trae consigo no poca afrenta, y es origen de grandes desprecios. La pobreza de María es completamente voluntaria y espontánea, y, con todo, tiene todas las apariencias de necesaria, y, por consiguiente, la ocasiona todas las privaciones, desprecios y deshonras que la acompañan. Mas, no sólo soporta gustosa la Virgen la pobreza, sino que acepta los desprecios y afrentas que le infieren, aunque no tenga culpa, y que le vengan por las mismas obras buenas que hace, y que procedan de aquellos de quienes menos podía esperarlos. Y si le dan contestaciones secas, respuestas desabridas, desvíos humillantes, María calla, y con una humildad soberana, los recibe como perlas preciosas para engalanar con ellos su espíritu. ¿Podías hallar un dechado de humildad más perfecto que María? Después de Jesús, es indudable que nadie ha sido tan humilde como Ella, y nadie, como Ella, se ha acercado tanto á este modelo universal de todos los hombres. ¿No necesitas tú de esta virtud? ¿No deseas ser ensalzado en el cielo? Mira lo que te importa hacer. Fija en tu vista y memoria este dechado que te ofrece María, examina cómo le imitas, estudia profundamente los ejemplos portentosos y edificantes que te da, y procura que ellos sean tu regla de conducta. Para lograrlo, haz propósitos, pide gracia, y ruega por todo el mundo, particularmente por la conversión de los pecadores.

39.—MOTIVOS DE LA DEVOCIÓN Á NUESTRA SEÑORA.

PRELUDIO 1.º Debes ser devoto de María, por lo que Ella es en sí, por título de gratitud, y porque ésta es la voluntad de la Iglesia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús señalando á María y diciéndote: «He aquí á tu Madre».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de una tierna devoción á María.

Punto 1.º Primera razón de amar á María: lo quiere Dios.—Considera las varias y eficaces razones que deben despertar tu devoción á María. La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que tú la ames sobre todas las puras criaturas, conformando tu amor con el de Dios, y amando más á la que por su santidad merece ser más amada. De donde has de sacar varios afectos de gozo espiritual y complacencia en los bienes de la Virgen, gozándote de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él; gozándote, además, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen te alcance parte de ellas, para que también seas amado de Dios y halles gracia en su presencia. La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres¹: «Lo que hicieréis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hacéis», ¿cuánto más dirá: Lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis? La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á su madre, y más tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole aquella palabra que le dijo en la cruz²: «Ves ahí á tu Madre», luego la tomó por suya y la amó con especial amor; también tú debes tomarla por tuya, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre. ¡Oh Madre amantísima! Encended en mi corazón un vivísimo afecto á vuestra maternal bondad. Triste de mí, que he dejado de amaros la mayor parte de mi vida; en adelante quiero suplir con mayor fervor y afecto el abandono que he tenido; ayudadme para ello, supliendo con vuestra fortaleza mi debilidad, con vuestro amor mi tibieza y con vuestra gracia mi extremada flaqueza.

¹ Matth., xxv, 40. — ² Joan., xix, 27.